

Quelona se sentía... Extraña, a decir verdad. Era la primera vez que estaba sola, a pesar de que ya no era una jovencita inocente como antes y había alcanzado el tamaño de algunas de las más adultas de su familia. Incluso en su nacimiento, aunque no era capaz de recordarlo, tenía la seguridad de que incluso entonces, había estado rodeada de algunos de sus hermanos y hermanas. Sintió una mezcla de felicidad y melancolía al recordarlos. Al principio había sido duro, no podía negarlo. La vida estaba llena de peligros de lo más incomprensibles y habían sido necesarios que muchos metieran la pata para ser capaz de notar y esquivar las trampas que había. La comida, por ejemplo. Ella tenía mucho cuidado con la comida, y prefería pasar hambre si no podía estar segura de lo que tenía delante. Si, muy pocos lo habían conseguido, para ser sincera. Pero una vez que se reunió con su familia completa, tuvo la sensación de que todo había valido la pena.

Y ahora estaba sola. Sin saber qué hacer.

Era por culpa de la tormenta. Recordaba notar como el ambiente se oscurecía, y cómo cada vez era necesario hacer más fuerza para avanzar. Entonces, se había distraído un momento y por un mal empujón salió disparada hacia atrás, fuera del camino. Lejos y cada vez más lejos de él.

Lo buscó. Quelona podría jurar que era el instinto que le indicaba el camino, pero no era capaz de encontrar a nadie. Ni a una hermana, ni a una cría perdida.

Sabía a dónde debía ir, pero el lugar... no parecía estar allí, como años anteriores, esperándola.

Quelona, una tortuga marina que buscaba una playa para poner sus huevos que no era capaz de encontrar. Lo que antes era arena bajo el sol, ahora no era más que prolongación del vasto mar. Así que continuó la migración, buscando a su familia, el resto de tortugas. Buscando una playa en la que poder parar.

Y siguió buscando, sin rendirse.

Y siguió, evitando las bolsas de plástico que la tentaban como comida.

Y siguió, rodeando las redes de pesca que amenazaban con enredarla.

Y siguió, sin fijarse en los muertos. Porque era más fácil fingir que no los había visto y que estaban nadando en algún lugar por delante de ella, que admitir que les había encontrado, pero demasiado tarde.